

# EL GRAN DRAGÓN ROJO Y LA MUJER VESTIDA DE SOL

REVISTA DE DIVULGACION LITERARIA

## ELEGIA A LA MUERTE DE LAS VIOLETAS

Como si se muriesen por el ruido  
de estos tiempos absurdos, ya no queda  
ni en las húmedas quintas, una sola  
violeta.

Su perfume que casi no es perfume,  
sino reminiscencia,  
se ha olvidado, lo mismo que las voces  
de las personas muertas.  
Flores que son miradas de las tardes,  
caídas en la tierra;  
cuyas corolas guardan todavía,  
la obscuridad azul de las ojeras.  
Vidas de tan intacta aristocracia,  
que, por no sorprender con su belleza,  
quisieron ser sombrías y pequeñas,  
sin dejar de ser grandes, como el beso,  
la sonrisa, la lágrima y la estrella...

Hoy, en tanto que triunfan las campánulas,  
el popular clavel, la rosa espléndida,  
como novias románticas fallecen,  
cansadas de esperar a quien las deja.

Ya no hay quien las persiga en los barrancos,  
y parece que nadie las quisiera:  
Sin duda, se escondieron demasiado  
creyendo que bastaba su belleza;  
y se murieron sin vivir, lo mismo  
que las cosas felices que se sueñan.  
Pero un tiempo brotaban en el suelo  
y él tenía algo azul, gracias a ellas...

Extraído del libro MELANCOLIA  
Ed. Guillermo Kraft. Bs. As.  
Con Prólogo de LEOPOLDO LUGONES  
Impreso de 1945.



Yo recuerdo que en casa, en el invierno,  
siempre había en el centro de la mesa  
de nuestro comedor, como un desquite  
de la vulgaridad de la existencia,  
de la sorda llovizna de las horas,  
un silencioso ramo de violetas.  
Y una dulzura espiritual, un íntimo  
lirismo idealizaba nuestra cena;  
y su tibio suspiro de ternura  
nos afinaba el alma, como templan,  
tan sólo por la gracia de su paso,  
unos cuantos acordes, a una orquesta.

Y ellas, por un instante, conmovidas  
bajo la luz eléctrica,  
captaban la emoción de un sentimiento  
y se caían sobre el agua fresca,  
donde tal vez, soñando con un lago,  
devolvían su alma a la belleza...

Y ahora que ya no existen y estoy solo,  
sin flores en mi mesa,  
me acuerdo del silencio que guardaban,  
y querría aprender en su nobleza.

Y ahora que ya no existen  
sino como unas vidas de leyenda,  
como esos seres que en un álbum viejo,  
sonríen con el aire de otra época;  
en toda casa de familia honrada,  
en todo hogar donde la gente sueña,  
cuando es de noche y es invierno y llueve,  
en los momentos de emoción intensa  
y de silencio espiritual, se nota  
que hay un vacío, porque faltan ellas.

PEDRO MIGUEL OBLIGADO

4

### EDITORES RESPONSABLES:

Alejandro Schmidt  
Normand Argarate  
Gustavo Pablos Solá

Año 2, número 4, Abril de 1988.

### COLABORAN EN ESTE NUMERO:

Pedro Miguel Obligado	Oscar del Barco
Jean Cocteau	Hernán Jaeggi
Marcel Proust	Jorge Felippa
George Steiner	O. Pol
Susana Arévalo	Antonio Giaccardi

Dirección Editorial. Hipólito Irigoyen 43. Villa María. CP 5900. Córdoba. Rep. Arg.

# De Poetas POEMAS y el POEMA

Como sabemos, cualquier antología indica tan solo una colección de juicios y prejuicios reveladores, para quien, por esa necesidad de bastones y reflejos en sí no ver su rostro, banal, en el espejo. Tal es el caso de las presentes /// transcripciones, amén de cierta debilidad por el círculo preciso de la sombra. Malas intenciones, recreos, esperanza, pasión por los índices gigantescos, el vodevil semántico organizado sobre lo propio y lo ajeno y, mientras tanto el deseo (confuso o desdichado) de asumir la múltiple contradicción de los símbolos.

El silencio pasa con un dedo en la boca. Sobre el jergón se retuercen los cuerpos amados.

"Hablar", "escribir", "acerca de", lo poético, es remedar las imágenes violentas del Amor, sobre la piedra transparente de lo otro. Dios oscuro y vulnerable. // Jamás tendrán licencia los criminales y los tontos.

En las provincias, algunos dejarían su corazón por dos palabras nuevas.

Siempre fué así, ahora mismo, alguien / siente lo irremediable, se alzan bestias en el pecho de la virgen, la pampa alimenta su decepción de entrecasa.

¿Darle consejos a un muerto luminoso?  
¿Suponer talentos, destinos, prestigios patéticos?

¿La formulación de un oficio irredentor?

Muecas en el voluminoso rostro inefable. Sangre, extenuación, goce.

¿Que importa? Esta es la seda que sumerge al mundo; todo es plenitud y ceguera. Libros; rocas podridas por el viento.

"...puesto que la palabra humana es como cascado caldero, al que arrancamos / melodías buenas para hacer bailar a los osos cuando se pretende conmovier a las estrellas." (1)

Los poetas no existen. Sólo algunos tontos se coronan para afirmar "Soy un poeta". Lo que importa es la sensibilidad y la reacción ante las bellezas de la vida. El resto es superchería. (2)

## II Parte

El poeta era también político. Se interesaba por los problemas pequeños y / grandes de las gentes, era capaz de encontrar y aplicar soluciones. Su generosidad era eficiente. Podía sostener una empresa. Podía dominar los pequeños detalles. Podía denunciar, exponer. Su elocuencia había superado la impostura, entre las gentes sencillas y buenas el poeta había logrado ser uno más. Pero / si el poeta atendía a las cosas del mundo, más allá de la palabra, sintiéndose simplemente vivir, también sentía la // urgencia de la palabra misma. También / experimentaba la necesidad de demorarse de interrumpir la fluencia entre el mundo y él. Entonces el poeta empezaba a / hablar mejor, más hondo a todos los hombres. Y perdía su voz y rompía su instrumento. Así era, así será siempre. (3)

Casi me atrevería a decir, que sin proposición tácita, la palabra, o ellas todas, pujan entre sí y crean un verso // que alguna vez brota inesperado, y casi siempre de peregrina esencia y tratamiento... Y pienso que existe una porción indefinible de azar, de escondimiento, de casualidad en la poesía. El positivo y extraordinario juego!... La / literatura es una larga, inútil y pensosa dedicación..... (4)

El poeta se encuentra en una posición / difícil, a menudo peligrosa, en la intersección de dos planos de filo cruelmente acerado, el del sueño y el de la realidad. Prisionero de las apariencias, oprimido en este mundo, por lo demás puramente imaginario, con que se contenta la mayoría, franquea el obstáculo para alcanzar lo absoluto y lo real. Su / espíritu se mueve entonces con soltura. Ahí es donde habrá que seguirle, pues / lo que es, no es ese cuerpo oscuro, tímido y despreciado con el que distraídamente nos tropezamos en la acera -ese / pasará con todo lo demás- sino esos poemas externos a la forma del libro, esos cristales depositados tras el efervescente contacto del espíritu con la realidad. (5)

Selección, prólogo  
y notas de  
Alejandro Schmidt

Por que escriben algunos? Porque no //  
tienen suficiente carácter para no es-  
cribir. (6)

no es que los poetas mientan/ es que //  
los mentirosos quieren hacer poesía (7)

El arte se ha hecho para ser sentido y  
no para ser comprendido; por esto cada  
vez que se quiere hablar de él con la /  
inteligencia, no se hace más que decir  
necesidades. (8)

Como un elefante su marfil/tengo en la  
boca un bien precioso/ púrpura muerte !  
...compro la gloria/al precio de melo-  
diosas palacas. (9)

La poesía no es la verdad/es la belleza  
unas hojas que alguien quema/contra el  
frío. (10)

La poesía es una de las pocas posibili-  
de comunicación humana cierta, tal vez  
la única. Ella hace que nos sea posible  
encontrarnos en una verdad de fondo. Que  
existamos: enteros, reales, libres. La /  
poesía es verdad y belleza. Está allí :  
no es comprensible, no se deja apropiarse,  
no se deja utilizar: no sirve para nada  
en el sentido que conocemos y usamos //  
los objetos. La poesía no es sonido, pe-  
ro tampoco significación, y tal vez tam-  
poco sentido, si entendemos por tal una  
salvación, una certeza, una seguridad. /  
El hombre es un símbolo, una señal. Y /  
como es esto, la poesía, intenta decir-  
lo. Pero ella no puede hablar a todas /  
las experiencias posibles, ni tiene //  
otro poder que su ausencia. Su destino  
es fracasar. En este fracaso está -pue-  
de estar-la verdad que es el nombre(11)

La poesía solo puede ser criticada por  
la poesía. Un juicio sobre el arte que  
no sea, a su vez, una obra de arte...no  
tiene carta de ciudadanía en el reino /  
del arte. (12)

¿Es muy difícil ser poeta? O es muy fá-  
cil, o es imposible. (13)

...la poesía es el diario de un animal  
marino, viviendo en la tierra, deseando  
volar por el aire...(14)

#### Notas:

(1) Madame Bovary-Gustave Flaubert. (2)  
Nikos Engonopoulos. (3) Vida y memorias  
del doctor Pi y otras historias- Edgar  
Bayley. (4) Discurso de Recepción Acadé-  
mica-Academia Nacional de Letras, 1969-  
Ricardo E. Molinari. (5) Le gant du crin  
Pierre Reverdy. (6) Aforismos. Karl //  
Kraus. (7) Ensayo breve sobre la hones-  
tidad poética. Jorge Bocanera. (8) Remy  
de Gourmont. (9) bestiario-Guillaume A-  
pollinaire. (10) El shock de los Lender  
Jorge Santiago Perednik. (11) Revista /  
Zona. Bs As 1963. Raul Gustavo Aguirre.  
(12) Los románticos alemanes. Friedrich  
Schlegel. (13) Jacinto Benavente. (14)  
Diez definiciones de la poesía. Carl //  
Sandburg.

La primera parte de estas transcrip-  
ciones fué publicada en el número tres  
de la revista cordobesa, Flumin Infra-  
rojo, durante el año 1986.

De Poetas  
y el poema



AUDIO · ELECTRONICA  
DISCOS · CASSETTES  
TELEVISORES

GRAL. PAZ 31 · SAN MARTIN 133 · ESTACION TERMINAL VILLA MARIA



# LOS MONSTRUOS



De ANTONIO IVAN GIACCARDI

Toda la casa tenía pisos de ladrillos, a excepción de los dormitorios que estaban revestidos de maderas, debajo de los cuales existía el sótano.

La cocina era oscura y enorme. Como el resto de las habitaciones convergía a una galería ancha sobre la cual se extendían las ramas de las madreselvas y glisinas y algunas "damas de noche" que venían del jardín interior.

En su centro una enorme planta de laurel en los veranos nos regalaba sus flores rojas, intensas primero, pálidas y marchitas después, caídas en el suelo. En las siestas de invierno era casi un rito ver a mi madre escarbando

la tierra, reponiendo plantas, mientras mis hermanos repetían sentados en el suelo con los cuadernos abiertos sobre las piernas unos rezos letánicos.

El monocorde volumen de su voces tenía un límite que mi madre

les señalaba, incorporándose entre las plantas con chistidos y amenazas expresadas con señas que indicaban que papá dormía.

Su sueño no podía ser interrumpido por las lecciones de mis hermanos. Cuando alguno de ellos

desobedecía una orden, además de la paliza, debía buscar un lugar en la galería y con sus cuadernos entre las piernas repetir otra y otra vez, en mayor tono de voz, nuevamente las tablas. Las tablas formaban parte del castigo.

Yo no tenía lugar en ese ámbito.

Mis hermanos no podían ser interrumpidos. Mis hermanas desplegaban sus carpetones sobre la mesa de la galería y tampoco podía acercarme a ellas, sus colores y elementos escolares me atraían, me llamaban, daban vuelta serpenteando la mesa y ahí, en el extremo, justo ahí, se detenían. No podían tocarse.

Las siestas del invierno tenían un clima de silencio sepulcral que se interrumpía cuando mamá levantando la vista, corría presurosa a atender a mi padre que había aparecido, concluyendo su descanso.

Mi padre,  
de pié,

en un extremo, enmarcado en la puerta de su dormitorio recorría con su dura mirada toda la galería.

Yo

todavía no asistía a la escuela, pero tenía una tarea asignada. Eso solo me hacía sentir incómodo ante la mirada de papá. Cuando sus bravos ojos se detenían ante mí, yo sentía que los míos se abrían enormes. Espantados. A mi rostro oullía toda la sangre de mi flaco cuerpo. Me sostenía la mirada como queriendo descubrir alguna falla. Sentía transpirar las manos.





A veces hundía el calzado en el suelo, quería huir, ser hormiga, como esas que pisaba en ese instante hasta que de pronto sentía que ya no estaban. Tenía miedo de levantar la mirada, encontrarlos. A los dos, porque mamá era cómplice, con su silencio, de esa mirada dura que recibía como puñetazo mi pobre estructura, mi alma.

Tenía como tarea diaria, por las siestas, cambiarle el agua a las gallinas. Cuando entraba al gallinero, con un balde de latón pesado, el agua que desbordaba por sus costados, mojaba la pierna sobre la que lo apoyaba. Aquellos monstruos venían hacia mí y me paralizaban. Les tenía.

Algunas abrían sus alerones y sus picos, profundos, negros, enormes, como si de pronto quisieran devorarme, entonces apuraba mis pasos, cerrando los ojos hasta llegar al piletón de cemento.

Me cercaban, se pisoteaban entre ellos, me rozaban su plumaje oloriento. Algunas se incorporaban entre las plantas y sacudían toda su tierra formando una nube de polvo a mi paso.

Eran miles.

A veces, después de dejar el agua fresca y limpia en esos mediodías calientes, sus patas, enormes y embarradas volvían el líquido espeso y amarronado en breve segundos.

Aquellos monstruos me odiaban, sabían de mis miedos, aprovechaban mis flaquezas. Por las noches los soñaba.

Me picaban los ojos y ciego en la oscuridad llamaba a mamá que no me oía, se revolcaba en la cama con mi padre.

Sin auxiliarme. Me dejaba solo. Nadie me enseñó a defenderme de ellos; no podía vencerlos.

Un día descubrí que mi hermano, levantando su pierna amenazante lograba el milagro: detenía su avance. Animado interiormente intenté hacerlo al otro día, pero sacudiendo sus grandes alas, se subieron a mi pierna, haciéndome trastabillar hasta verme rodar por el suelo. Con el rostro lloroso, las ropas sucias de barro y estiércol, con el agua derramada fuera del piletón, llegué hasta la cocina de la casa.

Como consuelo mi padre descargó con fuerza sus manos en mi traste.

Había dejado, en mi carrera, la puerta del gallinero abierta, permitiendo la fuga de las bestias hacia el jardín.

Todas invadieron las plantas tiernas y frescas y escarbaban con sus patas ásperas, sus agudos espolones,

la tierra floja y húmeda.

La pude ver cuando, tirado en el pido de ladrillos de la galería lloré amargamente mi derrota, mi soledad, cuando mis hermanos mirándome burionamente las espantaban hacia el encierro;

hacia el infierno de tejido.

Sentado a la orilla del gallinero, entre lágrimas y mocos les desee que se muriesen todas juntas esa noche.

Que algún halcón las llevara por los aires y las arrojara lejos. Que sus plumas se esparcieran por los cielos.

Antonio Iván Giaccardi nació el 05 de Julio de 1948 en la ciudad de Córdoba. Abogado y actor del Teatro Estable de Villa María. Este cuento tuvo su primera publicación en la revista de la Asociación Gremial Empleados Poder Judicial-Número 12, en Diciembre de 1987.

# EL FUTURO de la LECTURA

Este párrafo pertenece a fragmentos del discurso "Los libros en la época de la extinción de la lectura" que el autor leyó a un grupo de editores en la ciudad de Nueva York en mayo de 1985.

El siguiente texto ha sido extraído de "LA GACETA" del Fondo de Cultura Económica. Número 192 - Diciembre de 1986.

Apenas si resulta necesario citar todas las pruebas existentes acerca del deprimente estado en que se encuentra en la actualidad / el arte de leer. Bastan estas cifras proporcionadas por el Departamento de Educación / de los Estados Unidos: 27 millones de norteamericanos no pueden leer y otros 35 millones tienen una capacidad de lectura menor a la necesaria para sobrevivir en nuestra sociedad.

Pero hoy me inquieta menos el problema abrumador de la lectura elemental que el problema ligeramente más lujoso del deterioro de la lectura incluso entre los sectores medios, su falta de absoluta disposición para crearse esos espacios de silencio, esos lujos de la domesticidad, el tiempo y la concentración que rodean la imagen del acto // clásico de la lectura. Se ha sugerido que / casi el 80 por ciento de los adolescentes / norteamericanos que saben leer son incapaces de hacerlo sin un ruido ambiente (música) en el trasfondo o sin el fulgor de un / televisor en uno de los márgenes de su campo de percepción. Sabemos muy poco acerca / de la corteza cerebral, acerca de cómo funciona con estímulos simultáneos y contradictorios, pero el sentido común sugiere que / deberíamos estar profundamente alarmados.

Esta ruptura de la concentración, del silencio y de la soledad pone en cuestión la esencia misma de nuestra noción de lectura; esta nueva forma de lectura parcial contra un medio ambiente de distracción, hace imposibles algunos actos fundamentales de aprehensión y concentración, ya no digamos ese tributo, el más importante que un ser humano puede pagar a un poema o a un fragmento de prosa que realmente es de su gusto, que consiste en aprendérselo de memoria\*. No con la mente sino con el corazón. La expresión es vital.

En tales circunstancias, la cuestión de cuál es el futuro de las artes de la lectura no puede ser más real. Ante nosotros tienen lugar transformaciones técnicas, psíquicas y sociales probablemente más dramáticas que / las producidas por Gutenberg. La revolución de Gutenberg, tal y como la conocemos, tomó mucho tiempo para realizarse; todavía hoy estamos discutiendo sus consecuencias. La revolución informática afectará cada uno de /

los pasos de la composición, la publicación la distribución y la lectura. Nadie en la / industria del libro puede afirmar con cierta seguridad qué sucederá al libro tal y como lo hemos conocido.

Todo parece indicar que las artes de la lectura se dividirán en tres categorías. La // primera seguirá siendo la vasta y amorfa masa para distracción y entretenimiento efímero (...). El segundo género será dedicado a la información -lo que quince siglos llamaba la literatura de conocimiento para distinguirla de la ficción, la poesía, el teatro, que él llamaba "la literatura de poder". Los medios / para adquirir la literatura de conocimiento alterarán nuestros usos y costumbres más allá de los que podemos imaginar. "La biblioteca de Babel", la biblioteca de todas las posibles bibliotecas que Borges imaginó en su fábula, será literal y concretamente accesible para usos personales e institucionales. Podremos convocarla en la pantalla, y aquí las posibilidades de una transformación básica en las estructuras de la atención y del entendimiento son prácticamente inconmensurables. Pero qué sucederá con la lectura en el antiguo sentido privado y silencioso? Podrá transformarse en un arte y una afición tan especializados como lo fue en los escritorios y bibliotecas de los monasterios en las llamadas épocas oscuras. Ahora sabemos que fueron de hecho épocas claves, radiantes en su paciencia, admirables por su sentido de lo que tenía que ser copiado y / conservado. Tal vez algún día las bibliotecas privadas lleguen a ser tan notables y / raras como lo fueron cuando Erasmo y Montaigne se hicieron célebres por las suyas. La costumbre de amueblar una estancia, de preferencia una gran estancia, con estanterías y de llenarlas con libros, no de libros de bolsillos, sino de libros encuadernados; el intento de reunir las obras completas de un autor (lo cual ya es por cierto un concepto muy especial), así como con primeras ediciones, no necesariamente de los libros raros de la Biblioteca Morgan, sino con las primeras ediciones de un autor moderno, con la esperanza de poseer todo aquello que haya producido un escritor -bueno, malo o indiferente- al que uno ama; la habilidad -pero sobre

todo el deseo- de prestar atención a un texto exigente, de dominar la gramática, las artes de la memoria, la táctica del reposo y la concentración que los grandes libros exigen, todo esto tal vez volverá a ser algún día la práctica de una élite, el patrimonio de un mandarinato del silencio. Este mandarinato, esta élite de hombres y mujeres del libro, no tendrá el poder, la influencia política o el prestigio que tuvo en el Renacimiento, la ilustración y prácticamente hasta fines de la época victoriana. Casi inevitablemente, el poder ya no pertenecerá a los hombres de letras. Pertenecerá cada día más a quienes, a pesar de ser técnicamente incapaces de leer un libro serio

y de no tener en su gran mayoría el deseo / de hacerlo, pueden, antes incluso de ser adolescentes, producir programas (Software) de gran refinamiento, poder lógico y profundidad conceptual. Las relaciones de poder se están orientando hacia ellos, hacia los hombres y las mujeres que, luego de haberse librado de la pesada carga de la educación alfabética y de sus constantes hábitos referenciales, que se deben al sencillo hecho / de que casi toda gran literatura se refiere a otra gran literatura, son creadores -no lectores, pero creadores de un género inédito.

George Steiner

Traducción de Adolfo Castañón

\* De memoria se dice en inglés *By heart* y en francés *par coeur*. El autor juega con esta expresión.

SALUDAMOS A:



plumín  
INFRARROJO

CORDOBA

Escalofrío

BS AS

publicaciones

## JUGAR y APRENDER

*Textos Primarios y Secundarios*

- NUEVOS Y USADOS -

**DICCIONARIOS**

Linea Escolar y  
Modelos de las Líneas

SARA KAY  
KITTY  
BARBIE

MY MELODY  
DISELA  
HE-MAN

Guardapolvos  
Pintorcitos  
Guardapolvos  
para Docentes

"12 de Octubre"

TARJETAS DE CREDITO  
Y MUTUALES

GALERIA ELIA - LOCAL 1 y 2

**BUENOS AIRES 1170**

# Evocando a Marcel Proust

Marcel Proust (1871-1922) escritor francés, considerado como punto referencial en la literatura del siglo XX, noveló la magnánima obra "En Busca del Tiempo Perdido" dividida en siete tomos. Los siguientes párrafos han sido seleccionados del segundo tomo "A la Sombra de las Muchachas en Flor". En estos pueden observarse el clima nostálgico y retratista de un "modo" ya fenecido. Pero lo destacable, es que el autor creía que su pasado al igual que un difuso sueño pertenecía a una realidad suprema. El ejercicio de la memoria lo remontaba a una esfera platónica. Esta reconstrucción significaba quizás un acceso a la intemporalidad. El mismo decía "A un hombre que sueña lo rodean en círculos el hilo de las horas, el orden de los años y de los mundos". Esta forma de pertenencia de su propia vida le desgarraba el corazón como sus mujeres esquivas, pero no obstante iba hacia ellas, porque sabía que del fondo de sus pechos perfumados emergía la noción exacta del amor y la belleza, probablemente el cielo de toda eternidad.

N. J. A.

Tenía los diez mil francos en la mano. Pero para nada me servían. Y por cierto que me los gasté con mayor rapidez que si hubiese enviado todos los días flores a Gilberta, porque a la caída de la tarde me entraba tanta pena que no podía estar en casa y me iba a llorar en los brazos de unas mujeres que no amaba. Porque ahora ya no deseaba hacer por agradar en algún modo a Gilberta; el volver a su casa sólo de sufrimiento me servía. Un día antes, ver a Gilberta se me representaba cosa deliciosa; hoy ya no me bastaría con eso. Porque todas las horas que estuviese separado de ella las pasaría preocupado. Ese es el motivo de que cuando una mujer nos causa una pena nueva, muchas veces sin saberlo, aumentan a la par el dominio suyo sobre nosotros y nuestras exigencias para con ella. Con el daño que nos hizo, la mujer nos cerca más estrechamente y agrava nuestras cadenas, pero agrava también esas cadenas suyas que hasta ayer nos parecía que la sujetaban con bastante fuerza para que pudiésemos vivir tranquilos. El día antes, si hubiese creído que no molestaba a Gilberta, habríame contentado con pedir unas cuantas entrevistas, entrevistas que ahora ya no me satisfarían y que era menester sustituir por condiciones muy otras. Porque en amor, al revés que en los combates, contra más vencido se ve uno más duras condiciones se ponen y más se las agrava, siempre que se esté en situación de exigir.

Era un dolor nuevo que también acabaría por gastarse, una imagen que llegaría a presentarse al ánimo completamente depurada de todo lo que encerraba de nocivo, como esos venenos mortales que pueden manejarse sin ningún peligro o ese poco de dinamita donde se enciende el pitillo sin temor a explosión. Y entretanto tenía yo en mí una fuerza que luchaba con todo su poder contra la otra potencia malsana que me representaba invariablemente el paseo crepuscular de Gilberta; mi imaginación laboraba útilmente, en sentido contrario, para romper los repetidos asaltos de mi memoria.

Y durante varios meses seguidos, en ese Balbec que tanto codicié, porque me le imaginaba batido por las tempestades y perdido entre brumas, hizo un tiempo tan seguro y tan brillante, que cuando venía a descender las cortinas nunca me vi defraudado en mi esperanza de encontrar ese mismo lienzo de sol pegado al rincón de la pared de afuera y de un inmutable color, que impresionaba, aún más que por ser signo del estío, por su colorido melancólico, cual el de un esmalte inerte y ficticio. Y mientras que Francisca iba quitando los alfileres de las ventanas, arrancaba telas y descorría cortinas, el día de verano que descubriría ella parecía tan muerto, tan inmemorial como una momia suntuosa y milenaria que nuestra vieja criada despojaba cuidadosamente de toda su lencería antes de mostrarla embalsamada en su túnica de oro.

Pero si bien la idea de la persona amada recibe el reflejo de una inteligencia generalmente optimista, no ocurre lo mismo con esos recuerdos particulares, con esas malas palabras, con esa carta hostil (aunque no recibí de Gilberta ninguna que lo fuere); diríase que la persona misma vive en esos fragmentos tan chicos y con fuerza que no tiene, ni mucho menos, en la idea habitual que nos formamos de la persona entera. Y es que la carta no la contemplamos como la imagen del ser amado, en el seno de la melancólica calma de la nostalgia; la leímos, la devoramos entre la terrible angustia con que viene a sobrecogernos una inesperada desdicha. La formación de estas penas es muy distinta; vienen de fuera y llegan a nuestro corazón por camino de durísimo dolor.

En medio de todas aquellas gentes, algunas de las cuales iban pensando en alguna cosa, pero delatando entonces la movilidad de su ánimo por una serie de bruscos ademanes y una divagación de la mirada tan poco armoniosos como la circunspecta vacilación de sus vecinos, las muchachas que digo, con ese dominio de movimientos que proviene de la suma flexibilidad corporal y de un sincero desprecio por el resto de la Humanidad, andaban derechamente, sin titubeos ni tiesura, ejecutando exactamente los movimientos que querían, con perfecta independencia de cada parte de su persona con respecto a las demás, de suerte que la mayor parte de su cuerpo conservaba esa inmovilidad tan curiosa propia de las buenas bailarinas de vals. Ya se iban acercando a mí. Cada una era de un tipo enteramente distinto de las demás, pero todas guapas; aunque, a decir verdad, hacía tan poco tiempo que las estaba viendo, y eso sin atreverme a mirarlas fijamente, que todavía no había individualizado a ninguna de ellas. No había más que una que, por su nariz recta y su tez morena, contrastaba vivamente con sus compañeras, como un rey Mago de tipo árabe en un cuadro del Renacimiento; a las demás las reconocía por un solo rasgo físico: a ésta, por sus ojos duros, resueltos y burlones; a aquella, por los carrillos de color rosa tirando a cobrizo, tono que evocaba la idea del geranio, y ni siquiera esos rasgos los había yo atribuido indisolublemente a una muchacha determinada y distinta; y cuando (con arreglo al orden en que se iba desarrollando este maravilloso conjunto, en el que se tocaban los más opuestos aspectos y se unían las más diferentes gamas de color, pero todo ello confuso como una música en la que me fuese imposible aislar y reconocer las frases que iban pasando, perfectamente distintas, pero inmediatamente olvidadas) veía surgir un óvalo blanco, unos ojos azules o verdes, no sabía bien si esa cara y esa mirada eran las mismas que me sedujeron el momento antes, y me era imposible referirlas a una sola muchacha separada y distinta de las demás. Y precisamente el hecho de que en esta mi visión faltaran las demarcaciones que luego habría yo de fijar entre ellas propagaba en el grupo algo como una fluctuación armoniosa, la constante traslación de una belleza fluida, colectiva y móvil.



## Oscar del Barco

La hierba crece musicalmente, sus notas advienen a la visión  
 hay un tono etéreo que une la vista y lo que crece la música  
 sin origen es la música de una taza donde resuena el cosmos,  
 la taza llena de agua está llena de música, ni los sordos escapan  
 a su ritmo, un dedo puesto sobre los labios advierte esa música,  
 basta rozar un árbol para que la armonía del universo nos levante  
 al cielo, ni los ciegos escapan a la luz musical que despliega  
 trigales y bosques en una sucesión de relámpagos, eso es lo que crece,  
 hierba humilde bajo los pies del hombre, mis hijos son hierba del estío  
 hay un olor fresco en la tierra, nuestra casa está hecha en la hierba  
 y en su inmovilidad hay también melodía, hay una espera  
 sin angustia, en sus simientes hay música; ah, eso es todo,  
 decir más es decir lo indecible, lo que llega de forma inusitada  
 para transformarnos en criaturas angélicas aladas y envolventes,  
 decir más es lo que dice la pobre hierba de nuestra boca,  
 todo el ciprés apunta hacia lo invisible, lo trae, lo invoca,  
 produciendo el milagro de lo que es ausencia y debe aceptarse  
 como amor si lo que busca la criatura está ya logrado  
 y su búsqueda está vacía absolutamente, ojos vacíos para ver  
 esos verdes descoloridos, esos incendios, manos vacías para tocar  
 rugosidades, cortezas, pieles, lengua vacía para darle cabida  
 a la eterna lamentación humana, grano de polvo y torbellino que gira  
 en las alturas con nuestra carne y nuestro espíritu a cuesta,  
 la enseñanza de lo que se debe aprender es amándolo,  
 lo que se debe aprender es el respeto hacia el misterio, no olvido,  
 no olvido, la hierba crece y nosotros vamos a la zaga recogiendo  
 su oleaje de espuma, lo que resguarda en medio del dolor y más,  
 ella inicia el movimiento en nosotros llenándonos los ojos  
 de lágrimas, la casa está hecha de hierba, dormimos en la hierba,  
 cada uno tiene su propia hierba sosteniéndolo en el abismo,  
 sin ella, sin dulzura, todo es acritud, no hay magia, y más,  
 sin hierba la tumba se parece al odio, nadie dá, oh el hombre  
 volando en la música de la hierba, uno con todo,  
 el paso del destino es paso sobre hierba, la aurora es luz  
 sobre hierba, el amor es lecho de hierba, dios es la hierba,  
 ahora miradla para sacudir de encima tanta tenaz impaciencia  
 el inquirir el odio acaso la criatura puede ignorar las extensiones  
 acaso la música no es el inicio de la contemplación del minúsculo  
 grano de mostaza prosperando el impulso de lo creativo brindando  
 lo que estaba contenido, la hierba es lo abierto, lo más abierto,  
 ella pasa de sí a sí para ser el otro, la oveja que come la hierba  
 en el hombre que come la hierba, Génesis y retorno de toda bestia  
 de toda humanidad que abreva directamente en las raíces del sol  
 y el sol deviene la hierba que deviene la sangre y la carne  
 hablando la hierba inmóvil en su entrega dejándose al hombre  
 que la volverá más hierba, hierba en la hierba, hierba sin hierba,  
 los hijos y la gran corriente del mundo, el dios que no habla,  
 las hormigas que son ellas mismas, las abejas que buscan notas,  
 el canto de los rinocerontes y las ballenas, toda la musicalidad  
 junta en la lengua que lame el estiércol, esto que acontece sin esto,  
 una llama para señalar una palabra, la que salva, la hierba, la hierba.

# P O E T A S

## CELADA

Era de la raía del amor.  
Ironía que me dejaba exhausta.  
Éxtasis de cuyo nombre no quiero acordarme.  
Nadie en el mundo  
que me distraiga del cielo y el infierno.  
Son días como cuervos, un maniaco  
se apodera de mí.  
Habrá certezas y rechinar de dientes.  
Amantes de la sorna  
dejadme a solas con el paroxismo.  
Me he revolcado en el lecho  
los médanos de la vigilia se ciernen sobre mí.  
Hay una conspiración universal.  
Pero la hierba crece y crece entre las lápidas.  
Soy la frucción de Dios.  
¿Qué me importa nada que no sea extravagante o intenso?  
Ya la frivolidad es un arte.  
Me consterna el comercio con lo equivoco  
la vulnerabilidad de la Palabra  
la tenebrosa intimidad.  
Lector, eres una palabra temblorosa.  
Los cuervos, las palabras, serán  
lo que tú hagas de ellos.

Susana Arévalo

## UBICUIDAD

Un hombre duerme.  
Un sueño merece ser evocado.  
En la esfera del presagio  
las idas poseen la consistencia de lo real.  
Una mujer se mueve  
como quien recorre un laberinto.  
Siente nostalgia del infierno.  
Pretende para sí un alba y un crepúsculo.  
Adentro de sus ojos  
diviso construcciones.  
Afuera  
la forma de una flor al extinguirse.  
El es  
del único modo en que se es.  
Sin conciencia de serlo  
ella es él.

Susana Arévalo

## Lo que ha de tolerarse

Joseph K. despierta  
custodiado por los que sospechan  
y ya no habrán de abandonarlo  
a sus acostumbradas seguridades.  
La multitud nos nombra con azoro  
dejando márgenes de suspicacia.  
Maraña es lo que creíamos salida.  
Ahogo todo el aire  
que los pulmones acarician.  
Joseph K., hombre-pep,  
no anada tu resistencia  
fragor a los anzuelos.  
Ya sabrás los por qué  
de lo que ahora ha de tolerarse  
mientras sucumbe el día.

O. Pol

## Debajo de mis Párpacos

Debajo de mis párpacos/ Estrellan su ferroche  
los labios de una noche y  
otra que bautismo  
la madrugada madura/ a oscuras tu piel  
trajo la miel y el sándalo y  
el agua del canto/ rodado de los cántaros

Sabios inocentes/ de otras savias que  
la rabia trizó en cristales  
papeles o silencios como nudos  
en las líneas de las manos/ tanteos  
en la tarde/ arden los muelles y  
nos olvida en la playa que ya nunca

Pudimos ser hoy/ y lo aprendimos  
de puerta en huerta que  
al asalto de los besos/  
hoy cruzamos el ayer  
lame sus lamentos

morcerán la manzana/ es  
nuez del mandamiento/  
diente por diente  
arrasado paraíso para todo  
lo que fuimos.

Jorge Felippa

POET a S

# C O R D O B E S E S

POET a S

## Desclaves de sol

Quien dijo  
yo no diría  
la última palabra  
puso en la calle  
cuanta certeza  
le arrimaron a su nombre.

Con diario recelo  
se quitó el sayo  
de los diplomas  
y otros alardes.

Puesto en la mira  
solfea sus manguantes  
amaña los erizos contraseñas  
(Herraduras del error)

Factores del orden  
en sus huellas

## Regresa

acobardado de manuales  
alfabeto del desbanco  
desclava sus claves de sol  
prueba sus legítimas propiedades  
a la sal de la escritura.  
A la intemperie  
encarna el descarnar  
de sus pronósticos.

## Otros

sabran jugar  
con los pretéritos imperfectos.

Jorge Felippa

## XXIV

*alfonsina*

has comido como se come un higo maduro  
has bebido como se bebe un aguardiente  
llevas el corazón como una muñeca de cera  
bajo el sol caliente.

sientes el aroma de mujer que sube  
entre tus muslos que ceden  
a la secreta caricia de una rodilla.  
pero los hombres no lo sabrán.  
solamente el mar.

Hernán Jaeggi

## XXI

*sor juana*

como una llama sin sexo te mueves  
entre los cuerpos y las sombras inasibles  
de tu noche mística  
y te consumes en el éxtasis del saber  
y no del salvarse  
y llevas entre las piernas unos pétalos de eterna sed  
que toda el agua del cielo no alcanza a calmar.

Hernán Jaeggi

Los poemas pertenecientes a Jorge Felippa  
y O. Pol eran inéditos.

Los poemas de Hernán Jaeggi y  
Susana Arévalo

han sido seleccionados del libro  
"Cenotafio/ Las Manos en el Fuego"  
Córdoba. 1987.

---

# J E A N C O C T E A U

---

Se suele representar a la poesía como una dama velada, lánguida, tendida sobre una nube. La tal dama tiene una voz musical y sólo dice mentiras.

Dicho esto, ¿conocen la sorpresa que consiste en hallarse, de pronto, frente al propio nombre como si perteneciera a otro, en ver, por decirlo de algún modo, su forma y escuchar el ruido de sus sílabas sin el hábito ciego y sordo que da una larga intimidad? El sentimiento de que un proveedor, por ejemplo, no conoce una palabra que nos parece muy conocida, nos abre los ojos, nos destapa los oídos. Un golpe de varita mágica hace que reviva el lugar común.

Sucede a veces que idéntico fenómeno se produce con un objeto, un animal. Por unos instantes, vemos un perro, un coche de caballos, una casa por primera vez. Todo cuanto exhiben de especial, de loco, de ridículo, de hermoso nos abruma. Inmediatamente después, el hábito frota con su goma de borrar esa poderosa imagen. Acariciamos el perro, detenemos el coche, vivimos en la casa. No los vemos más.

Este es el papel de la poesía. La poesía devela, con toda la fuerza del término. Muestra al desnudo, bajo una luz que sacude la somnolencia, las cosas sorprendentes que nos rodean y que nuestros sentidos captan maquinalmente.

Inútil buscar, a lo lejos, objetos y sentimientos extraños para sorprender al durmiente despierto. Éste es el sistema del mal poeta y lo que nos vale el exotismo<sup>15</sup>.

Se trata de mostrarle eso sobre lo que su corazón, su mirada se deslizan cada día, desde un ángulo y con una velocidad tales que le parezca verlos y conmoverse ante ellos por primera vez.

He aquí la única creación permitida a la criatura.

Pues, si es cierto que la multitud de las miradas da pátina a las estatuas, los lugares comunes, eternas obras maestras, están cubiertos de una sucia costra que los hace invisibles y oculta su belleza.

Pongan en su sitio un lugar común, límpienlo, frótenlo, ilumínenlo de forma que sorprenda, con su juventud y con la misma frescura, el mismo fulgor que tenía en su origen, y estarán haciendo obra de poeta.

Todo lo demás es literatura.



El párrafo pertenece al ensayo  
"El secreto profesional"  
Jean Cocteau. Ed. Hispamérica, 1986.  
Colección Jorge Luis Borges.  
Biblioteca Personal.  
Traducción de Manuel Serrat Crespo.

---